

LUIS BELTRÁN, *Razones de buen amor*. Fundación Juan March-Castalia, Valencia, 1977; 412 pp.

La idea central de este trabajo —analizar el *Libro de buen amor* estrofa a estrofa— implica el manejo cuidadoso, prolijo, de una bibliografía frondosa. Desafortunadamente ese no es el caso. Luis Beltrán ha preferido analizar pasajes enteros sin hacer mención de estudios previos, muchos de ellos fundamentales, que, sin embargo, ha de conocer, pues la gran mayoría aparecen en la bibliografía final. ¿Cómo estar en desacuerdo con Zahareas (del cual dice Beltrán “sus argumentos son entretenidos y quizá hubiesen sido más convincentes si hubiera prestado un tanto más de atención al libro VII”) en la página 88, para luego no mencionarlo en tantos otros pasajes, cuando el autor se apropia muchos de sus argumentos, que entonces parecen haber resultado convincentes? ¿Por qué la ausencia de A. Várvaro al hablar de la poesía marial, de Diego Catalán al comentar “Aunque omne non goste la pera del peral”, de B. Dutton al comentar el *buen amor*, del estupendo artículo de Francisco Rico en relación al yo autobiográfico, del lúcido análisis de Cesáreo Bandera sobre la función del episodio de Doña Endrina? ¿Por qué la ausencia de Dorothy C. Clarke al comentar el significado de Don Polo, de K. Lawrence respecto a la batalla de Don Carnal y Doña Cuaresma, de Le Gentil a propósito de las serranas, de Deyermond, de Kinkade, de Ricard...? A veces usa Beltrán la idea primaria de un crítico y no lo cita ni en nota a pie de página. Esto ocurre con Roger Walker, por ejemplo, cuyo estudio “*Con miedo de la muerte la miel non es sabrosa: Love, sin and death in the Libro de buen amor*”, es imposible de olvidar, sobre todo cuando Beltrán hace un análisis que sigue al de Walker muy de cerca (cf. pp. 354-355).

Bien puede ser este libro el resultado de un encuentro personal con el texto del Arcipreste, pero a estas alturas los encuentros personales del crítico han de llegar mediados por los de tantos otros que lo precedieron en el camino, tanto más cuanto se ha seguido sus pasos.

El estilo del profesor Beltrán es abigarrado y dado a la divagación, a veces de páginas enteras (véanse pp. 317-318, entre varias otras), a veces más breves, pero no más concretas. Así, al hablar de la tortilla del reino de Rodas (pp. 324-325) leemos: “El ideal, posibilidad de otra dimensión, se encuentra prisionero en ésta, que nos rodea, en este reino de Rodas. Rodas está demasiado cerca de ruedas para no pensar en ellas, y en el hecho de que rodamos con ellas, dentro de ellas: dentro y con la de las estaciones, la de la fortuna, la de las esferas, la de las edades; las ruedas del megacosmos y microcosmos que van siguiendo a distinta escala una análoga circularidad. Lo fijo se asombra de lo móvil”.

Respecto a la estructura misma del libro, hubiera sido deseable que problemas fundamentales, tales como la unidad y fragmentación de la obra de Juan Ruiz, el significado de buen amor y su polivalencia semántica, y sobre todo la cuestión del yo poético (la diferenciación, que Bel-

trán no hace, entre autor, narrador y protagonista) hubiesen sido tratados en capítulos previos al análisis, pues sin su dilucidación previa éste resulta inevitablemente precario. Cuando estas cuestiones se tratan no solamente es *in media res*, sino muy de pasada y en aparente estado de confusión, no sé si debido a la forma expositiva o al pensamiento mismo, pues las razones de Luis Beltrán no son de comprensión fácil en medio de tan frondosa retórica.

Dentro del libro se presta desproporcionada atención a los pasajes introductorios, y hacia el fin se apresura el paso, se tratan al desgaire y hasta se dejan de lado pasajes enteros, como la cántica de los clérigos de Talavera.

Hay, en estas cuatrocientas páginas, algunos puntos interesantes e información válida, y comentarios acertados (como por ejemplo, el análisis de muchas fábulas y el acierto en señalar el *leitmotiv* de la mantención). Tal vez, lo mejor del trabajo del profesor Beltrán sea el entusiasmo que exuda, un entusiasmo que en literatura nunca sobra, y para aquellos que la aman es siempre bienvenido.

Alicia de Colombí

Bennigton College, Vermont.

MARTIN S. GILDERMAN, *Juan Rodríguez de la Cámara*. Twayne, Boston G. K. Hall & Co., 1977; 152 pp. (*Twayne's world authors*, 432).

El libro de M. S. Gilderman es el primer estudio crítico que trata de abarcar la obra de Juan Rodríguez del Padrón en su totalidad. La materia está dividida en ocho capítulos, cuatro de los cuales se dedican a la poesía y dos a la prosa de Juan Rodríguez; en los otros dos se traza la vida del poeta y se sacan conclusiones. Desde un principio se nota un grave desequilibrio en la economía del libro: la poesía ocupa más de sesenta páginas mientras que la prosa se limita sólo a unas treinta. Aún más, dentro de la parte reservada a la prosa, el tratamiento del enigmático *Siervo libre de amor*, prototipo de la novela sentimental española, queda reducido a escasas dieciséis páginas, y esto a pesar de haberse reiterado las opiniones críticas tradicionales sobre su fama y complejidad (pp. 17 y 125). Decididamente, esa desproporción no se explica por el valor o falta de valor de las obras estudiadas por Gilderman, sino por su preferencia por la poesía. En cuanto a este aspecto, Gilderman tiene el mérito de haber incluido y comentado en su libro algunos poemas ("Planto de Pantasilea", "Debate de alegría e del triste amante" y unos tres romances atribuidos al poeta) que no figuran en la edición de las *Obras de Juan Rodríguez de la Cámara* (1884) de A. Paz y Meliá (una edición completa de la obra de Juan Rodríguez está todavía por hacerse).

El estudio propiamente dicho de la creación poética de Juan Rodríguez se inicia en el capítulo segundo, "Courtly love poetry", dividido